

NATALIA MEMETOW

A TRAVÉS DE TI



Nova Casa Editorial



A mis lectores de Wattpad, y a quienes se pusieron el nombre de «maggmonistas».

Agradecerles por el apoyo de siempre, en cada capítulo, en cada nueva historia, y en este nuevo camino que tanto imaginaron conmigo.

Creyeron en mí viviendo este momento, incluso cuando me costaba hacerlo. Gracias por las carcajadas que me robaron por sus comentarios, y por las sonrisas más sinceras en cada muestra de cariño.

Como siempre les dije, son el motor de Maggmon, y esta muestra física lo deja bien en claro. Lo siguen siendo, y siento que va a seguir siendo así.

A mi familia. Quienes, cuando descubrieron el motivo por el cual me pasaba horas frente a la computadora, me dieron su apoyo y cariño.

Les agradezco por estar a mi lado y por alentarme, cada uno a su manera. Siempre presentes, a cada momento.

Ya no es necesario que pregunten, «¿y el libro?» Porque aquí lo tienen, y espero que lo hayan disfrutado.

Agradecerles a mis papás por haber respetado mis momentos en donde me encerraba con música, o las noches donde me quedaba hasta tarde escribiendo.

Sé que tal vez no lo digo mucho, pero los amo, a todos por igual.

A mis amigas. Por haberme ayudado con los cambios, y por compartirme su visión para seguir con la historia. Pero sobre todas las cosas, quiero agradecerles por su amistad fiel e incondicional. Siempre a mi lado, en cada momento, bueno o malo.

Y ahora están junto a mí para vivir este sueño que se hizo realidad. Confío en que en cada paso que dé, van a estar ahí, siempre con un abrazo y una sonrisa.

Nel, Sil, y May, les agradezco por no soltarme la mano y por ser parte de mis días, de mis momentos. De este momento en especial.

Agradecerte a vos, Fer, por haber escuchado con atención mi amor por las letras en nuestra primera salida. Esa noche, sin querer (tal vez), ya me diste tu apoyo para este nuevo camino que se me presentó. Gracias también por el valor que me diste para enviar el manuscrito, luego de haber leído el epílogo.

Pase lo que pase, como le dijo Hunter a Chloe, vas a ser el mejor capítulo de todos. Por los buenos momentos que me brindaste, por ser distinto y lograr que sintiera cosas que jamás había experimentado. Y siguiendo el hilo de lo que dijo Hunter, realmente espero que seas mi libro completo.

Y, por supuesto, no puedo cerrar esta parte sin antes agradecerle a Nova Casa.

Gracias por el voto de confianza, por invitarme a ser parte de ustedes. Les agradezco por la paciencia que me tuvieron, por haber respetado mis tiempos y por estar siempre con la mejor respuesta a todos mis momentos.

Gracias por el trabajo que se tomaron para lograr que el libro quedara hermoso, por su esfuerzo y dedicación.

Pero sobre todas las cosas, les agradezco por hacer realidad mi sueño.





ÍNDICE

PRÓLOGO	15	22	249
1	19	23	261
2	29	24	271
3	49	25	281
4	63	26	293
5	75	27	303
6	89	28	315
7	101	29	327
8	111	30	339
9	121	31	349
10	131	32	357
11	141	33	365
12	151	34	375
13	161	35	385
14	169	36	395
15	177	37	407
16	187	38	415
17	193	39	421
18	207	40	433
19	215	41	449
20	227	42	461
21	239	43	471
		EPÍLOGO	483





SIEMPRE PUEDE HABER UN DESTELLO DE LUZ
EN UNA TOTAL OSCURIDAD...
ES LO QUE ELLA HIZO, ILUMINÓ LA OSCURIDAD
DE MIS OJOS, ILUMINÓ MI SER.



*Dedico este libro a mis padres.
Con todo el amor que les tengo.
¿Ya ves, papá?
No por nada me quedaba hasta la madrugada
frente a la computadora.
Los amo.*



PRÓLOGO

El recuerdo de esa noche me persigue y me atormenta. Me sacude por completo y destruye, me deja siendo la persona que soy hoy: frío, enojado y triste.

Atrás quedó el chico alegre, el que le encontraba siempre el lado bueno a las cosas. Ya no está el chico soñador, con metas, esperanza y vida. Respiro, pero no estoy vivo. Estoy muerto en vida.

El maldito recuerdo me acecha hasta en mis sueños, ni siquiera cuando duermo tengo paz, o sueño con que soy el chico aquel que ya no está. Tengo pesadillas constantes y todas me recuerdan a que mi vida misma puede considerarse una pesadilla.

Esa noche fría de invierno me trajo a esto, esas malditas copas demás me dejaron en la oscuridad. En la total oscuridad.

¡Qué estúpido fui al conducir en ese estado!

Si tan solo hubiese seguido el consejo de «si bebió alcohol, no conduzca» no estaría ahora odiándome. Pero ya es tarde, ¿de qué me sirve considerarme ahora un estúpido? De nada, el error ya se cometió.

Recuerdo que creí que llegaría bien a casa, que nada pasaría, que podía contra el alcohol que recorría mi cuerpo. *Creí...*

Me desvié de mi carril, un auto se venía hacia mí. Quise esquivarlo, y lo hice. Pero al esquivarlo me estrellé contra un árbol. Sentí el impacto, sentí el dolor, escuché al conductor del otro auto llamar a emergencias con desesperación, angustia y miedo. Y luego... no sentí nada, absolutamente nada.

Voy a morir, estoy por morir.

Pero no fue así. Me desperté y la oscuridad que había a mi alrededor no me dejaba ver en donde me encontraba.

¡Prendan la luz, quiero ver dónde estoy! ¿Qué pasó conmigo? ¿Mamá... estás llorando? ¿Tú también, papá? ¿Riley, hermano, yo también quiero saber qué me pasó!

—¿Hunter? —preguntó una voz que desconocí, ahogando el llanto de mamá—. ¿Me escuchas?

—Sí... ¿dónde estoy? ¿Y por qué...? —llevé mis manos hacia mis ojos, quise quitarme la venda que había allí. Pero no había nada, el contacto que hicieron mis dedos con los párpados me aterró. Mamá lloraba aún más.

¿Qué está pasando?

—Tuviste un accidente —el recuerdo llegó a mí con fuerza, con el mismo nivel de fuerza que sentí al chocar—. Estuviste una semana en coma. Pero eso no es todo, hicimos varios chequeos médicos y...

—¿Por qué no veo? —el llanto de mis padres, y el de mi hermano, me entristeció. Pero la oscuridad de mis ojos me desesperaba. Escuchaba sus llantos, pero no veía sus rostros. No veía el rostro del tipo que me estaba hablando, no veía la habitación del hospital. No veía nada—. ¡¿Por qué no veo?!

No me respondieron de inmediato y me desesperé aún más. Quise levantarme de la camilla, pero cuando lo intenté me dolió el cuerpo. Peleé contra un forcejeo, no sabía quién me estaba agarrando.

—Hijo, tranquilízate... —se trataba de mi padre. Fue el que me dijo esas palabras con tristeza y dolor. *Papá... quiero verte.*

—Hunter..., lamento decirte esto. Pero has perdido la capacidad de ver.

Mamá ahogó un grito. Riley lloró como el niño de cinco años que es. Quería que lo sacaran de ese lugar.

De hecho, deseé que *me* sacaran de esa situación.

El doctor continuó hablando, pero no lo escuchaba. Mi mundo se había esfumado ante esas palabras que dañaron mi cuerpo y alma como si se trataran de dagas.

Las lágrimas picaron en mis ojos, en aquellos que ya no iban a ver nada. Solo oscuridad.

No iba a ver el sol al atardecer, ¡y tanto que me gustaba verlo! No iba a ver mi película favorita. No iba a ver a mi mejor amigo, Paul, haciendo sus locuras de siempre. No iba a ver la manera en que los ojos de Caroline se achinan cuando sonrío al mirarme. No iba a ver la sonrisa de mamá. No iba a ver a papá leyendo el periódico todas las mañanas. No iba a ver a Riley corriendo por toda la casa.

Sentí cómo cada lágrima acariciaba mi rostro que se empapaba por la tristeza, el dolor, el enojo y la oscuridad con la cual tendría que convivir.

¿Me desperté después de una semana en coma para esto? Hubiese preferido morir. Aunque bueno..., estoy muerto.

Jodido y maldito día. Jodida y maldita vida.



Hunter

Y otra vez ese mismo recuerdo que se presenta como pesadilla. Otra noche en la cual me despierto transpirado, otra noche más donde deseo que todo haya sido un mal sueño, pero no, la oscuridad está aquí.

Llevo mi mano derecha hacia mi frente, siento las gotas de sudor para luego escuchar cómo la puerta de mi habitación se abre. El sonido de la luz al encenderse me enferma, *¿de qué me sirve tener luz si no la puedo ver?*

—¡Hijo! Te escuché gritar, ¿estás bien?

Es mi madre la que se sienta a mi lado, el colchón se hunde y suspiro. Otra noche que la despierto en horas de la madrugada.

—La pesadilla de siempre —me encojo de hombros. Mi pesadilla de siempre; el hoy.

Ella suspira con tristeza y busco su mano, cuando la encuentro la acaricio con mi dedo pulgar y mi madre posa su otra mano encima de la mía.

—¿Quieres que te traiga un té?

El famoso té que alivia todo.

—No, no te preocupes. Solo quiero que te vayas a dormir, estoy bien.

—Puedo quedarme aquí hasta que te duermas.

—Te lo agradezco, pero no. Estoy bien, solo fue un momento. Tienes que dormir, no quiero que tus alumnos te encuentren con ojeras.

Mi madre es maestra de nivel inicial en una escuela de aquí, en Texas. Le gusta dar clases allí, pero más le gusta cuando hace viajes a pequeños pueblos de bajos recursos. No siempre le surgen estos viajes, pero sí que es feliz cuando le toca hacerlo.

—De acuerdo —vuelve a suspirar—. ¿Seguro no quieres nada?

—Seguro.

—Está bien, estaré pendiente por si acaso.

—No te preocupes, voy a estar bien.

Acaricia mi mano, y se queda un momento en silencio. Subo mi mano libre para buscar su rostro, y cuando lo encuentro acaricio su mejilla. Ella apoya su cabeza sobre mi mano, y luego deja un beso sobre la palma, ese beso de madre que te tranquiliza, incluso cuando tu vida es un infierno.

—Vete a descansar —le digo.

Se levanta de la cama y deja otro beso tranquilizador en mí, solo que esta vez lo deposita en mi frente.

—Buenas noches, te quiero.

—Pero yo te quiero aún más.

Me abraza, me da su cariño de siempre, me rodea con sus brazos protectores y sale de la habitación. Y ese maldito sonido de la luz vuelve a molestarme. Lo odio.

Apoyo mis pies sobre la alfombra de la habitación y me incorporo. Apunto hacia mi derecha, porque en esa dirección se encuentra la ventana. Camino con pasos torpes hacia la misma, más allá de llevar un año con esta nueva vida, hay cosas que aún me cuestan un poco.

Llego al escritorio, y sé que estoy cerca. Acaricio la pared hasta sentir el frío del vidrio, me acerco más a la ventana y la abro. De forma inmediata una brisa de madrugada choca contra mi torso desnudo, los pelos de mis brazos se erizan y me siento vivo.

Sé que los humanos contamos con otros sentidos, y no solo con la visión.

En el grupo de apoyo, al cual tuve que asistir por haber caído en una terrible depresión —que por supuesto accedí ir por mi familia—, nos habían enseñado a valorar los otros sentidos.

Los valoro, pero ¡vamos!... Pónganse ustedes en mi lugar y sientan lo que yo siento, lo que todos en ese maldito grupo sentimos al vivir día a día con ojos oscuros.

Utilizo tres de los cinco sentidos para sentirme con vida en este momento. Uso el tacto para tocar las hojas del sauce que se encuentra a pocos metros de la ventana. Uso el olfato para oler el aroma de las flores que mi madre tanto ama cuidar y, por último, con la audición, escucho a los grillos cantar su melodía nocturna.

Me quedo por unos largos segundos que se transforman en minutos, aquí parado, frente a la ventana de mi habitación, con estos tres sentidos que me hacen sentir al menos un poco con vida. Pero ese pequeño porcentaje que aumentó, no me devuelve a aquel chico que alguna vez fui.

Suspiro pesadamente, el mismo resoplido hace notar las pocas esperanzas que ya siento con la vida. Cierro la ventana y la sensación de vida se cierra también.

Nuevamente, me dirijo hacia mi cama, esta vez los pasos son menos torpes. Me siento en la misma, y froto mis rodillas, así es como me consuelo.

Esta es tu nueva vida, Hunter. Duele como la mierda, cuesta y ¡cuesta mucho! Pero este es tu ahora.

Me cuesta mucho acostumbrarme al ahora. Perdí una parte importante para todo ser humano, y de alguna manera... mi corazón también se perdió en la oscuridad.

Me acuesto y cierro los ojos, siempre deseando que al despertar nada de esto sea real.

Por favor... esta vez no. No quiero que otra vez la pesadilla de mi vida irrumpa mis sueños.



Siento unas leves sacudidas que me obligan a salir del sueño, me despierto por completo y escucho la voz de Riley, mi pequeño hermano.

—¡Es sábado! —me dice mientras sus sacudidas continúan—. Anda, despierta, despierta.

—Estoy despierto, Ri —digo y me siento en la cama.

Todos los sábados son de Riley, lo son desde el accidente. Desde esa noticia, mi hermano me lleva a un parque que está a unas cuantas manzanas de nuestro hogar y me lee.

Está aprendiendo a hacerlo, y me genera mucha ternura el cómo lo hace. Estoy muy orgulloso de él por poner en práctica su lectura de forma constante.

—Creí que te habías olvidado.

—Eso jamás.

Extiendo mi mano derecha para que choquemos los cinco, y Riley lleva su mano como impacto para hacerlo.

—Si mamá pregunta, te despertaste solo.

Me río.

—¿Qué?

—Es que me dijo que no te despertara, que esperara a que tú lo hicieras, pero yo tengo muchas ganas de ir a leer.

Ya lo dije, estoy muy orgulloso de él.

—De acuerdo, no le diré nada.

Escucho el sonido que hace al aplaudir de alegría y sonrío.

—¿Quieres que te ayude con la ropa?

No me cuesta el hecho de elegir la ropa para vestirme, me habían enseñado sobre eso. Pero a Riley le encanta ayudarme, más allá de que pueda hacer ciertas cosas solo, él está ahí para darme su pequeña mano.

—Por supuesto, tú conoces mis gustos.

Vuelve a festejar y noto cómo se levanta de un salto de la cama, para luego dirigirse a mi armario. Sonríó ante sus comentarios inocentes, y me río de unos cuantos.

Finalmente, Riley me alcanza la elección que hizo, y me deja para cambiarme, ya que así se lo pedí. Me cambio con poca dificultad y una vez listo, cojo mi bastón para guiar la salida de mi nueva habitación.

Mi madre, siguiendo los consejos médicos y de los familiares de los integrantes del grupo de apoyo, hizo de la habitación de huéspedes mi habitación. Claro, se encuentra en la planta baja y eso es mejor para mí, es un cuidado que me ayuda.

El accidente cambió todos mis planes, entre ellos el mudarme solo. A mis veintidós años planeé independizarme, pero qué jodida es la vida, qué jodido es el destino. Justo cuando había encontrado el apartamento perfecto para mí... me quedo ciego.

Así que ahora, a mis ya veintitrés años, sigo viviendo con mis padres. Y eso no me molesta en absoluto, jamás tuve una mala relación con ellos, por supuesto que tuvimos días, pero no más que eso.

No me molesta vivir con ellos, me molesta ser un problema. Me molesta saber que la vida de todos cambió desde el accidente.

Mi padre, por ejemplo, tuvo que cambiar de empleo para cubrir los gastos médicos, y eso significaba pasar largas horas fuera de casa, pero, sobre todo, significaba perderse la niñez de Riley y eso es muy importante en la vida de todo ser humano.

Mi madre quería dejar su trabajo en la escuela para así estar en casa conmigo, obviamente me enojé por esa decisión y logré que entendiera que yo lo que necesito más que nada, es que ellos sigan con su vida normal, como antes, como lo fue siempre.

Por eso, desde que me senté a hablar con ellos, entendieron lo que quería y entonces mi padre pudo volver a su antiguo empleo en una fábrica, y no se pierde del crecimiento de Riley, y mi madre continúa dando clases.

A cambio, ellos me pidieron acceder a contratar a una señora que esté en casa, y no solo para ayudarme a mí, sino también para mantener el orden general y no pude negarme. Aunque, a decir verdad, adoro a Sarah.

Más allá de que volvieron a ser los de siempre, sé que no lo son por completo. Ya no los noto felices y ¡diablos, eran demasiado felices y positivos! Así era yo, y el accidente se robó cada parte de alegría en mí, cada parte de vida de mis padres y eso me enferma. Me enferma ser el causante de ello.

—Buenos días —digo al entrar a la cocina, escucho cómo mi padre dobla su periódico y cómo mi madre está preparando el desayuno.

Pagaría por verlos en estos momentos. Por ver el ceño fruncido de papá al ver cómo está el país, o cómo se ríe cuando llega a la sección de chistes. Me gustaría ver el cabello alocado de mamá, acompañado de esa sonrisa que te brinda paz. Quisiera ver a Riley devorar su cereal como si estuviera realmente apurado.

Tengo mucho miedo de olvidarme de ellos. Más allá de recordarme a diario cómo son físicamente, tengo demasiado terror de un día despertar y no saber que el cabello de mamá es color azabache, y que sus ojos marrones te llevan a la bondad humana. No saber que todos dicen que Riley y yo nos parecemos a papá; cabello con ondas de color castaño y ojos verdes. Lo único físico

que sacamos de mamá, es el hoyuelo que se forma en nuestra mejilla izquierda al sonreír.

Espero que el terror de olvidarme de ellos no se vuelva real, como el hecho de haberme olvidado ya del atardecer, y de cómo luce el patio trasero de la casa.

—Hola, hijo —saluda papá y percibo su saludo con una sonrisa en su rostro.

—¿Quieres té, o café? —pregunta mamá mientras me siento en mi lugar de siempre.

—Él quiere jugo de naranja y galletas de avena —contesta Riley y sonrío. Mi hermano me conoce.

—Ya has escuchado, mamá.

—Sí, lo siento. Siempre lo olvido.

El aroma a jugo de naranja exprimido llega a mi nariz y se me hace agua en la boca, ¡ni hablar del aroma de las galletas! Me llevo una a la boca para saciar mis ganas inmediatas de saborearlas, y cuando mi madre me alcanza el jugo, bebo de él y caigo en un éxtasis. Soy un loco fanático del jugo de naranja y de las galletas de avena.

La conversación de cada mañana de sábado inicia. Mis padres me cuentan qué tal estuvo la semana, escucho las anécdotas que mamá trae de los niños de su escuela y las locuras de los compañeros de mi padre.

También escuché las cosas que Riley está aprendiendo en clases, y me gusta escucharlo animado, como si realmente le gustara todo lo que aprende. Creo que es el primer niño en el mundo que no odia ir a clases.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta Riley, impaciente. Con muchas ganas de leerme un nuevo cuento.

—Por supuesto, campeón, ¿tienes tu libro listo?

—Sí, iré por mi mochila.

Lo escucho correr fuera de la cocina, para subir a su habitación tarareando una canción de su programa favorito de las tardes.

—¿Qué quieren que haga para almorzar? —pregunta mamá—. Estoy un poco celosa de Sarah, siempre halagan sus comidas.

—Porque Sarah cocina bien —bromea papá con ella, y me río. Mi madre no es muy buena en la cocina, pero eso no significa que sus comidas no sean deliciosas. Supongo que el ingrediente secreto es el amor que nos tiene—. Sabes que bromeo, cariño.

—Lo sé, pero sigo estando celosa —sonrío cuando los escucho darse un beso.

—¡Listo! —Riley vuelve a la cocina completamente agitado.

—Riley, te dije muchas veces que no quiero que subas o bajas corriendo de la escalera —mi pequeño hermano suspira, puedo estar seguro de que asiente ante las palabras de mamá—. ¿Qué quieres almorzar hoy, Ri?

—Mmm... No lo sé, ¿pollo?

—¿Con papas? —agrega papá.

—Y salsa blanca —me sumo yo, y tanto Riley como papá están de acuerdo.

—Mis chicos... —dice mamá. Quisiera verla sonreír ante su suspiro.

—¿Vamos, Hunter? —pregunta Riley. Creo que si lo sigo haciendo esperar me matará.

—Vamos, hermano —Riley sale corriendo hacia la puerta principal—. Nos vemos luego.

No puedo acostumbrarme a no decirlo, más allá de ya no poder hacerlo. Esas palabras duelen, pero no las puedo quitar de mi vocabulario. La vida se divierte conmigo.

Con Riley salimos al calor de Texas y caminamos en dirección al parque. Mi hermano me coge de la mano, y hace de mi camino más cuidadoso.

Mientras nos dirigimos a nuestro lugar de cada sábado, cantamos canciones infantiles y él se ríe de las voces chistosas que hago.

Llegamos al parque, totalmente acalorados, así que bebemos un poco de agua fría que mamá siempre nos aconseja traer y Riley nos ubica debajo de la sombra de un árbol.

Me apoyo contra el mismo y escucho los ruidos que hay a mi alrededor. Los autos que pasan, unos cuantos perros ladrando, niños jugando, madres regañando a unos cuantos por sus travesuras. Siento el leve viento que corre debajo de la sombra, escucho el sonido de las hojas del árbol danzar a su ritmo lento, pero reconfortante y con mis manos, toco la suavidad del césped. El porcentaje de vida nuevamente se eleva.

—¿Qué me vas a leer hoy?

—*El principito*.

—Me gusta.

—¿Ya lo has leído? —suspira triste—. No traje otro.

—Hey, tranquilo. Ya lo leí, sí. Conozco su historia, pero nunca está mal volver a la historia que ya leíste y te gustó tanto. Además, tienes que saber, que *El principito* es un libro al que puedes volver incluso cuando eres mayor. Siempre vas a volver a esa historia, Ri.

—Mi maestra dijo lo mismo. Nos dijo que tal vez de grandes volvamos a leerlo.

—Y está muy en lo cierto. Lo leí a tu edad, y recuerdo que cuando tenía dieciocho volví a leerlo.

—Le voy a contar eso a mi maestra, ¿puedo?

Sonrío.

—Puedes. Pero ahora quiero escucharte leer.

—Y yo quiero hacerlo.

Dice contento y lo escucho sacar el libro de su mochila. Mi hermano empieza a leer una de las historias que de niño me fascinó, pero que de grande valoré más, y noté cosas que cuando era un niño no había notado.

Sonrío cuando se detiene por largos segundos en palabras que no le sale decir, o cuando me pregunta por su significado.

Muchas veces pienso que es mejor estar muerto, que llevar la vida que llevo. Pero cuando escucho a mi pequeño hermano leer, cuando escucho la risa contagiosa de mi madre, seguida de la de mi padre, cuando escucho las locuras e historias de mi mejor amigo o cuando siento la vida con los otros sentidos que tengo, esa necesidad de querer estar muerto se reduce.

Por eso, me asusta estar solo por mucho tiempo, sin contar con la compañía de mi familia o personas cercanas, porque cuando estoy solo... sé que quiero morir.

El porcentaje de vida está más verde que nunca justo ahora. Quiero conservar este momento como uno de los mejores, quiero quedarme aquí más tiempo de lo normal, y alejarme de aquellos pensamientos que invaden mi cabeza solo para lograr que desee desaparecer.

Chloe

Me despierto junto con el sonido ensordecedor del despertador. Y a ese tan terrible sonido, se le suma el calor del ambiente. En las noticias habían anunciado esta ola de calor, será mucho más insoportable que lo normal.

Como todas las mañanas, antes de partir hacia la biblioteca, que es mi lugar de trabajo, me ducho. Por supuesto que mi cuerpo lo agradece al sentir la frescura sobre él. Mientras me ducho, canto, bailo y hago mi propio *show*. Como todos lo hacemos, supongo.

El sonido de la cortadora de césped llega a mi habitación, suspiro pesadamente al saber de quién se trata. Mi padre jamás cortará el césped al atardecer, cuando el calor ya no se sienta tanto, jamás me hará caso con eso.

Termino de vestirme y me dirijo hacia la cocina en busca de agua fría con hielo. Cuando salgo al terrible calor de Texas, lo único que deseo, es volver al agua fría de la ducha y no salir de allí en todo el día. Aunque bueno, eso no ayudaría al mundo.

Cuando mi padre me ve parada a poca distancia de donde se encuentra, suspira y detiene su trabajo. Sabe perfectamente que no me gusta que no me haga caso en cosas como estas, donde su salud está de por medio, y con este calor cogerá un dolor de cabeza.

—No me regañes —dice antes de que le diga algo, seca el sudor en su frente y se acerca a mí. Le entrego el agua, y la bebe como si acabase de llegar de un desierto—. Gracias, hija.

Le sonrío y observo el patio trasero de la casa. Está hermoso y muy bien cuidado en cada rincón en donde se vea.

Desde que mi madre falleció, mi padre fue el encargado de mantener el cuidado que ella hacía. Mi madre amaba las plantas, la naturaleza, y era feliz cuidando de ello.

Mi única familia es mi padre. Desde que mamá falleció nos volvimos mucho más unidos que antes. Él es todo lo que tengo, solo somos nosotros, y nuestro cariño es irrompible.

—Quiero que entres a casa, papá. Hace demasiado calor para que estés afuera, al menos espera a que llegue el atardecer.

Mi padre suspira y asiente, sabe que no me iré al trabajo hasta que él esté dentro de la casa. Así que, guarda la máquina de cortar césped, y entramos, luego enciendo el aire acondicionado para calmar el calor del ambiente.

—¿Qué quieres cenar? Puedo comprar algo luego del trabajo —pregunto.

—Nada de eso, esta noche cocino yo.

—¿En serio?

—¿Acaso no confías en mí? Yo no tendría que confiar en ti.

—Hey —se ríe—. Yo me sé defender con los postres, no me molestes.

Mi madre inculcó la repostería en mi vida. Me reveló hasta sus secretos más guardados, los cuales intento aplicar de la misma manera que lo hacía ella. Papá dice que soy tan buena como lo era ella, no sé si eso sea cierto o no, pero amo la repostería. Se me da mejor que el resto del mundo gastronómico.

—Yo preparo la cena, y tú el postre —dice—. ¿Tenemos un trato?

Sonrío y le estrecho la mano.

—Tenemos un trato, señor Marshall.

Me despido de papá y salgo nuevamente al calor. Mi salud no me lo agradece.

El calor quema mi piel, y me tengo que obligar a moverme de mi lugar. Si me quedo por un segundo más no iré al trabajo, y eso no va a ser bueno.

Me acerco a mi Ford Mustang clásico de color azul. Herencia de mi abuelo, la burla de mis amigos, y la envidia de coleccionistas. Entre risas me pidieron que cambiara de auto, y si no había risas, estaba el elevado número de paga por el mismo.

En ninguno de los casos accedí, y jamás lo haré. Este auto es el recuerdo de mi infancia junto a mi abuelo y las canciones infantiles que me enseñaba, es lo único que tengo para recordarlo y, por supuesto, que no lo voy a vender.

El pequeño Blue me seguirá acompañando. Sí, muy poco original el nombre, pero tenía seis años cuando lo bauticé.

Conduzco hasta la biblioteca, acompañada de la música que me brinda la radio. Cuando lo estaciono, debajo de la sombra de un árbol, veo a mi mejor amiga, Marie.

Somos compañeras en el trabajo, de hecho, aquí nos conocimos y nos volvimos inseparables.

Su cabello con ondas rubio, es de envidiar. Tiene unos hermosos ojos verdes, y un rostro que exige ser la cara de una marca de ropa. Pero, aunque a Marie le guste la moda, no quiere ser parte de ese mundo.

El lema de ella es «no voy a trabajar para alguien que me exija bajar de peso».

—Aún me sorprende que puedas llegar en eso —se burla de mí cuando bajo de Blue. Su agradable forma de decirme buenos días.

—Y a mí que llegues temprano —se ríe. Cuando de puntualidad se trata, no hay que contar con mi mejor amiga—. A todo esto, buen día, ¿verdad?

—Supongamos que lo es.

—Oh..., conozco esa mirada, tiene cara de Blaine.

—¿Y quién más va a ser? Siempre se trata de Blaine.

—Hey, tranquila, ¿qué sucede?

—Luego te cuento.

Y dicho esto, se dirige hacia la entrada de la biblioteca.

—¡Odio que hagas esto! Sabes que no me gusta que me dejen con la intriga —se ríe, y no me responde. Me ignora y entra a la biblioteca, lo único que me queda es seguirla.

Adoro mi lugar de trabajo. Cualquier biblioteca podría considerarse mi lugar favorito.

Esta en particular se adapta a este nuevo siglo. Hay tres sectores; el sector informativo, donde se pueden encontrar libros para la universidad o el instituto; otro, donde van las novelas o cuentos y; por supuesto, el sector infantil.

En las estanterías del sector de información general, el cual se encuentra detrás de todo, hay cuatro mesas cuadradas. Allí se reúnen siempre los estudiantes que necesitan de su espacio para estudiar, o realizar alguna tarea.

A una distancia prudente, están las estanterías para cuentos y novelas de todo tipo, para todas las edades. Este sector, está decorado con sofás acordes a la ambientación. Junto a este lugar, se encuentra el colorido mundo de los niños.

Son pocas las personas que se sientan a disfrutar de una buena historia, la mayoría viene directamente a comprarlos, o solo se van al tranquilo sector de estudiantes.

Contamos con dos cafeteras *express* y, por supuesto, dos *dispenser* de agua fría y caliente. Y hace poco trajeron cuatro ordenadores, se planean traer más, pero para empezar estamos bien.

La iluminación es perfecta, la decoración con colores neutros igual. Salvo por el sector de libros infantiles, allí hay muchos colores vivos acompañados de algún que otro personaje que los niños adoren.

Simplemente, amo mi trabajo, y amo el ambiente. Me siento muy cómoda aquí. Algunas personas creen que venir a la biblioteca ya pasó de moda, pero me gusta creer que haya gente que no piensa de la misma manera. Y esas personas, normalmente, se tratan de mayores de edad. Gracias a ellos, el rincón de lectura, no pierde su sentido.

Agradezco el hecho de que nuestro jefe, y dueño del local, haya accedido a nuestra petición de colocar un aire acondicionado. Hasta nuestros clientes de siempre están agradecidos.

Saludo a John y Ruth, nuestros compañeros que cubren el turno de la mañana. Al terminar de saludarlos, veo cuatro cajas detrás del mostrador.

—¿Y eso? —pregunto.

—Eso, son los ejemplares en braille. Llegaron al fin —me informa Ruth, y me siento feliz. No creí que Robert, nuestro jefe, accedería a nuestra petición. Con los chicos se lo propusimos, ya que no nos sentíamos cómodos al decirles que no contábamos con tales libros a las personas con discapacidad visual.

—¿Y por qué siguen aquí? —pregunta Marie.

—Porque acaban de llegar —John intenta no reírse.

—Mientes —dice mi amiga, y John, finalmente, se ríe.

—En nuestra defensa, nos tomó demasiado tiempo limpiar y arreglar el lugar para colocarlos.

—¡Excusas! —se queja Marie y John se vuelve a reír.

—Suerte con eso, chicas —Ruth está agarrando sus pertenencias para irse.

—Sí, suerte con eso. Y, Chloe, Robert trajo al fin la escalerilla que necesitas —agrega John y los tres se ríen.

Bueno, creo que ya no es necesario aclarar mi baja estatura. A modo de broma le pedí a Robert una pequeña escalera, pero claro, se lo tomó bastante en serio. Aunque, conociéndolo, sé que de seguro lo hizo para burlarse de mí.

—Qué gracioso.

—Al menos vas a llegar a lugares inalcanzables para ti —dice Ruth y vuelvo a escuchar risas.

—Nunca quise que se fueran a casa tanto como lo deseo ahora.

Entre risas se despiden de nosotras, y con Marie, suspiramos ante el trabajo que tenemos por hacer. Así que, primero nos encargamos de sacar los libros de las cajas para ver qué ejemplares habían traído.

Esto es genial, hay novelas, historias cortas, poemas y libros informativos.

—¿Me vas a contar, o me vas a seguir teniendo en la incertidumbre? —le pregunto a Marie.

—Esa idea me resulta atractiva, que aún sigas en la incertidumbre.

—¡Marie! —grito y uno de los clientes frecuentes me calla—. No me digas eso.

Suspira y se encoge de hombros.

—Es que es un jodido cabrón —dice al fin. Es la definición perfecta para Blaine, según Marie.

Para ser más exacta, es ese tipo de chico que llega a tu vida para desordenar todo, ese que te hace sentir que será un problema.

Las chicas saben su nombre, y creo que no hace falta aclarar el porqué. Algunas lo odian, y otras siguen suspirando por él. Quienes lo odian, es prácticamente porque luego de haber pasado una noche con él, no las volvió a llamar como lo había prometido. Típico.

Aunque, desde que empezó a tener esta extraña relación con Marie, dejó de comportarse como el mujeriego que las mujeres reconocemos a simple vista. Y digo extraña relación, porque no son una pareja de novios, pero se comportan como tal. Marie quiere una relación, pero claro, a él le aterra llamar novia a alguien.

Blaine está realmente interesado en Marie, lo noto, a decir verdad, todos lo notamos. Solo que le falta reconocerlo de verdad para animarse a una relación con ella.

—Se niega a tener una relación conmigo —continúa hablando—. Pero quiere que me vaya a vivir con él. ¿En qué cabeza cabe, Chloe?

—En la cabeza de Blaine, y me animo a decir que está locamente enamorado de ti.

—¿Acaso estás ebria?

Me río.

—Oh, vamos, eres a la única que volvió a llamar luego de pasar la noche con él. Y están juntos hace meses. Tal vez no juntos como a ti te gustaría, pero sin título, ustedes están siendo todo.

Suspira.

—¿Sabes qué es lo peor? —niego con la cabeza—. Que estoy demasiado cabreada con él, pero... lo voy a esperar.

Sonrío.

—Porque lo quieres.

—Jodido cabrón —me río—. ¿Y tú? ¿Cómo van las cosas con Iván?

Mi novio de hace un año y medio. Si lo ves, te preguntarás qué hace con una chica como yo. De hecho, muchas personas en verdad se lo preguntan. Incluso muchas veces me lo pregunto.

Es dos años más grande que yo, tiene veintidós y trabaja en la empresa de sus padres, mientras estudia Administración. Sofisticado, inteligente, guapo y elegante, así es Iván.

Nos conocimos cuando trabajé de secretaria en la empresa, fue mi primer trabajo luego de terminar el bachillerato. Recuerdo que me sorprendí cuando se fijó en mí, no creí jamás ser su tipo. Hoy estamos muy felices, cada uno siguiendo su sueño y apoyándonos en ese trayecto.

—Van muy bien —respondo con sinceridad y sonrío—. No puedo quejarme de él.

—Tienes que encontrarle una imperfección, no puede ser tan correcto —me encojo de hombros. Es que así es él—. ¿Qué te parece si acomodamos los libros en braille?

—Sí, porque con el correr de las horas no lo haremos.

Nos ponemos en marcha, y separamos los ejemplares de los libros: novelas, cuentos y poemas, por un lado, e informativos por otro. Los ordenamos por orden alfabético y los colocamos en el pequeño carrito, para así poder trasladarlos al sector correspondiente que ya habían preparado John y Ruth. Dividimos nuestro trabajo por turno, para así no dejar la recepción a solas.

Primero voy yo, así que me dirijo al nuevo sector, definitivamente, los chicos hicieron un excelente trabajo al prepararlo. El lugar está cerca del rincón de estudiantes.

Ubico los libros en las estanterías, y sonrío una vez que mi parte del trabajo está terminada. Me gusta saber que ahora contamos con este material.

Vuelvo a la recepción para encontrarme con una Marie furiosa con el celular. La manera en que está escribiendo, y su ceño fruncido, te da a entender claramente cómo le está escribiendo a Blaine una serie de insultos.

—Izquierda informativos. Derecha novelas, cuentos y poesías —le digo y me siento en la banqueta que está a su lado. Suspira y bloquea el celular, para luego dejarlo sobre el escritorio.

—¿Sabes qué? —vuelve a coger su celular—. Mejor lo apago, no quiero estar pendiente de su respuesta, ni preparar mis siguientes insultos —me río y la observo apagar su celular. Cuando el mismo se despide con la música de su compañía, Marie se pone de pie, y sin decir nada más, va a realizar su trabajo.

Aprovecho su ausencia, y el silencio de la biblioteca para sacar los apuntes de la universidad. Siempre que encuentro un momento libre, lo uso para repasar y estar al día con las materias, para así no entrar en una crisis a la hora del examen.

Estoy cursando mi segundo año en Ciencias Veterinarias. Creo que desde niña ya supe que esta iba a ser mi carrera, sin antes saber qué era lo que eso significaba. Siempre que jugaba a ser un personaje, o hacía que mis Barbies fueran uno, elegía el ser veterinaria. Siempre, no había otra carrera, otra labor.

A medida que fui creciendo, lo que parecía ser un juego, se fue fortaleciendo. Iba a terminar el bachillerato, y a ingresar a la carrera. Eso quería, y eso pasó. Hoy soy muy feliz, más allá del cansancio, más allá de todo. Todo esfuerzo vale la pena cuando sabes que estás en el camino correcto.

Leo los apuntes que tomé la última clase, y los comparo con el texto que estamos leyendo, para comprender de mejor manera. Todo marcha bien para Chloe.

—Espero que ese sector no haya sido mal invertido, porque Robert nos va a matar sabiendo que existen los audiolibros

—dice Marie al volver. Se sienta a mi lado, y bebe de su botella de agua.

—No vamos a morir. Los familiares ya fueron informados, de seguro de a poco vendrán. Además, la voz se corre rápido aquí, y supongo que no todos prefieren los audiolibros.

—Sí, supongo. ¿Quieres? —me ofrece su botella de agua y niego con la cabeza—. Tu cabeza va a explotar.

Dice al observar mis apuntes y enciende el ordenador.

—Los riesgos que debo correr para ser veterinaria.

Me encojo de hombros y continúo leyendo el texto de la clase, mientras que Marie controla el *stock* de la biblioteca.

Cuando estoy sumamente concentrada en mi lectura, la puerta se abre. Un chico de gafas oscuras y cabello ondulado de color castaño entra al lugar. En una de sus manos, lleva el bastón que le sirve como guía.

—Ha vuelto —dice Marie al verlo y le frunzo el ceño—. Vino hace unas semanas, cuando tú estabas rindiendo un examen. Le dije que los libros en braille llegarían para esta fecha, y volvió.

Sonrío porque me siento feliz por el desconocido que acaba de entrar. De seguro la noticia lo hará sentirse pleno.

—Buenas tardes —lo saludo cuando llega a la recepción. Se quita las gafas, y deja ver más su rostro. Su mirada perdida se muestra triste, y cansada. Es muy joven, quizás dos o tres años más grande que yo.

—Hola —saluda rudo y distante—. ¿Llegaron los libros? Porque espero que no me hayas mentido.

No lo dice en broma, o al menos con una sonrisa en el rostro. Lo dice como si estuviera realmente enojado conmigo.

—Mi amiga no fue la que te atendió cuando te presentaste —habla Marie y él asiente—. Y sí, los libros llegaron.

El joven no sonrío, no muestra felicidad alguna, no como me lo esperaba. Su rostro parece más una piedra.

Uno de los clientes tiene problemas con uno de los ordenadores, así que llama a Marie, ya que entiende más sobre ese tema, y me deja a mí con nuestro primer cliente solicitando un libro en braille.

—Debes estar contento —le digo—. Justo hoy llegaron, y eres nuestro primer cliente.

—¿Y qué? ¿Merezco felicitaciones?

Su manera de responder, me hace sentir ofendida. Realmente me molesta que las personas se muestren así cuando uno solo intenta ser amable. Luego se quejan cuando en algún local el vendedor los atiende de mala manera.

—Solo creí que la noticia te iba a poner contento.

—No creas nada de mí, no me conoces.

Le frunzo el ceño, y él hace lo mismo, al mismo tiempo, como si fuera mi espejo.

—De acuerdo —me pongo de pie—. Te voy a guiar hacia allí, ¿está bien?

—Como sea.

Siento su enojo como algo personal hacia mí. Lo observo a pocos pasos de distancia, lo miro atentamente, como si quisiera descubrir la razón de su maltrato. Pero el observarlo demasiado, solo me hace pensar una cosa: es atractivo. Genial, Chloe.

—¿Seguirás allí todo el día? —pregunta y doy un respingo, ya que me encontraba muy sumida en mis pensamientos—. No puedo ver, pero sospecho que me estás observando. Dijiste que me llevarías hacia el sector, pero sigo parado en el mismo lugar.

No deja de fruncir el ceño mientras me habla, y cuando lo hace, llega Marie. Justo para escuchar su manera poco educada

de hablarme. Abre la boca para decirle algo, y de alguna manera defenderme, pero la detengo y niego con la cabeza.

—Nunca está demás ser un poco más amable, más aún cuando la otra persona te brinda amabilidad —le digo.

Y de forma sorpresiva, el joven se ríe. Con Marie lo miramos con sorpresa, y nos miramos entre nosotras porque claramente no entendemos el motivo de su risa.

—Bien, ¿me guías hacia allí, por favor? —sonríe, y noto el hoyuelo que se forma en su rostro. Más allá de esa sonrisa, sé que está siendo irónico. De todas maneras, ignoro ese pensamiento, no voy a dejar que un cliente amargue mi día con su trato. Ya lo he hecho, y no fue para nada bueno.

—Voy a tomar tu mano —le digo y asiente. Cuando mi mano hace contacto con la suya, puedo jurar que sentí una chispa leve. Y creo que no fui la única, ya que él frunce el ceño como yo.

Coloco su mano sobre mi hombro, y lo guío hacia el sector de libros en braille. Al llegar allí, quiero ayudarlo a sentarse, pero me detiene y niega con su cabeza.

—Sé cómo sentarme.

—Solo estoy siendo amable —le recuerdo.

Me ignora y toca la mesa para guiarse hacia la silla, una vez que la encuentra, la aparta para hacer lugar y se sienta sin problema alguno.

—Bien. Llegaron libros informativos, cuentos, novelas y poesías.

—¿Alguna novela inglesa?

—Sí.

—¿*Orgullo y prejuicio*?

—Es tu día de suerte —no sonrío, nuevamente no muestra emoción alguna. Suspiro y le alcanzo el libro. Cuando lo dejo

sobre la mesa, lo acaricia con sus manos, y medio sonrío. De alguna manera, eso me hace sentir bien.

—Si por alguna razón te lo quieres llevar, tienes que hacerte socio.

—De acuerdo.

Abre el libro y desliza sus dedos sobre la escritura. Luego se detiene, sin levantar la cabeza del libro.

—¿Seguirás parada allí? —pregunta, serio.

—Yo...

—Aún siento tu aroma —sonríe— dulce.

¿Qué? Primero se muestra como un patán, ¿y luego actúa así?

—Si necesitas algo, solo llámame —le digo evitando sus palabras.

—¿Tu nombre?

—Chloe.

Al escuchar mi nombre, sonrío. Creí que me iba a decir el suyo, pero a diferencia de eso, vuelve a deslizar sus dedos sobre las páginas.

Lo dejo solo y vuelvo a la recepción. Marie me estudia con la mirada al llegar.

—¿Te trató mal? —me encojo de hombros y me siento—. Pues a mí tampoco me trató muy bien el otro día.

—No debe ser fácil llevar una vida como la de él, eso es todo.

Desde donde estoy, puedo observarlo. Puedo notar cuánto se mete en la increíble historia mientras desliza sus dedos.

—Hay que admitir que es guapo, ¿cierto? —pregunta Marie y asiento. Realmente lo es, no puedo negarlo.

La puerta de la biblioteca se vuelve a abrir, pero esta vez no se trata de ningún cliente. Blaine entra con aires de confianza, como siempre, sonriendo y caminando como si se tratara

de un modelo. Escucho cómo Marie exagera en un resoplido al verlo, me río de ello y al mirarla, me fulmina con la mirada.

Blaine llega al mostrador, sin dejar de sonreír, y sin dejar de mirar a Marie. Pasa una de sus manos por su cabello oscuro, logrando así un despeinado perfecto. Quita los ojos de mi mejor amiga, y me mira.

—Chloe —saluda.

—Blaine.

Me sonrío, pero aquella sonrisa se extiende aún más cuando vuelve a posar sus ojos en Marie. Podrá ser un idiota la mayor parte del tiempo, pero lo admito y lo hago porque realmente lo noto: el idiota está enamorado.

—Has apagado tu celular —le dice serio, y Marie asiente sin quitar la vista del ordenador. Y, de hecho, no está haciendo nada, solo observa cómo se mueve la flecha del *mouse* de un lado al otro.

—Estoy trabajando —le contesta más seria aún.

Blaine me mira y me encojo de hombros, luego suspira y saca de su bolsillo un juego de llaves. Hace un ruido con ellas, y Marie lo observa por el rabillo del ojo, para después negar con la cabeza.

—Te he dicho que no.

—Joder, mujer. Quiero que vengas a casa.

Marie lo mira, es la primera vez que lo hace desde que Blaine entró a la biblioteca. Lo mira con ánimos de querer asesinarlo, de querer representar todas las escenas de horror que se suelen ver en las películas.

—A mí no me hables así.

—De acuerdo, lo siento.

—Y no voy a vivir contigo, Blaine —él vuelve a suspirar, solo que esta vez su suspiro es mucho más exagerado—. Es una locura, piénsalo. No somos nada, y quieres que viva contigo.

—No es una locura. No hace falta tener un título para vivir con alguien.

—Como sea, a ese lugar donde llevas a todas las chicas de la ciudad, no iré.

Blaine rueda los ojos, como si Marie estuviera diciendo una estupidez. Me encuentro mirándolos como si estuvieran jugando un partido de tenis.

—Sabes perfectamente que hace tiempo eres la única que va.

—¿Quién sabe?

Ambos se desafían con la mirada, hay demasiada tensión en el ambiente. Y hasta me animo a decir que tensión de todo tipo.

—Chloe, dile algo —me dice Blaine, perdiendo en el juego de miradas. Cuando quiero abrir la boca para decir algo, Marie me interrumpe.

—No la metas en esto —lo señala con el dedo índice y me río bajito. Estos dos van a matarme.

—Alguien tiene que hacerte entrar en razón —Blaine también la señala con el dedo índice.

Marie se ríe y Blaine frunce el ceño.

—¿Te estás escuchando? ¡No soy yo quien tiene que entrar en razón!

Una pareja de ancianos, que se encuentran en el sector de literatura universal, ante el tono elevado de Marie, se voltean a ver lo que sucede.

—Sí, será mejor que se calmen —les digo—. Aquí la gente viene a relajarse, no a presenciar una telenovela, ¿por qué no salen y hablan tranquilos? —miro a Marie—. Puedo cubrirte, hoy está

tranquilo todo, pero menos ustedes. Así que no los quiero aquí si van a pelear.

Sin detenerse a pensarlo dos veces, Marie se pone de pie y se dirige hacia la salida en una caminata llena de enojo y de insultos, que una vez que estén solos se los dirá. Blaine la sigue, imitando sus pasos y yo me río negando con la cabeza.

Una vez que me encuentro en silencio, pongo mi atención en el chico que se encuentra leyendo en braille. Obtiene mi atención de una manera más especial que el resto de las personas. Siempre las observo cuando leen, me gusta ver la expresión en sus rostros ante lo que sea que están leyendo. Lo que más me gusta, es cuando el libro que tienen frente a ellos, los hace sonreír. Hasta recuerdo haber visto personas llorar ante unas líneas. La magia que surge cuando un libro se abre, es simplemente genial.

A este chico no lo estoy viendo como suelo ver a las personas, tal vez mi atención es más especial por el simple hecho de ser nuestro primer cliente frente a un libro en braille.

El joven cierra el libro, y observo cada uno de sus movimientos. Se levanta sin dificultad alguna, arma su bastón y con pasos lentos, viene hacia aquí.

—¿Chloe? —me llama una que vez que llega.

—Estoy aquí —asiente—. ¿Te lo vas a llevar? —vuelve a asentir—. Bien, déjame preparar todo lo que necesito para tu credencial.

—Es raro que, al estar en estos tiempos, se siga usando de esta manera la biblioteca.

—Sí, todos dicen lo mismo. El avance tecnológico nos hizo olvidar de muchas cosas.

—Aunque sea raro, me gusta que no se haya perdido esto.

—Pensamos igual —sonríe y observo la planilla del ordenador, estoy lista para registrar sus datos—. Bien, ¿tu nombre?

—Hunter Orwell —no estoy escribiendo su nombre, simplemente me quedo observándolo—. Mmm... No te escucho escribir —se ríe. Mierda. Escribo su nombre, y sonrío cuando escucha mis dedos sobre el teclado. Continúo haciéndole las preguntas típicas para la credencial. Vive a las afueras de la ciudad, y tiene veintitrés años. Lo último que anoto de él, es el número de su hogar.

Una vez que los datos fueron guardados, preparo una tarjeta con su nombre y número de socio, también dejo asentado el libro que se lleva. Cuando nuestras manos se rozan, al entregarle la tarjeta, nuevamente siento el cosquilleo que sentí en el primer contacto. Me animo a decir que ambos volvemos a notarlo.

—Lo traeré en una semana —me informa, alejando su mano con rapidez y guardando el libro en su mochila azul.

—Está bien.

—Por cierto..., me disculpo por haber sido un cabrón, ¿tal vez?

Sonríe.

—Tal vez no, lo fuiste —se ríe y sonrío—. Pero descuida.

Asiente y se coloca las gafas oscuras, dejo de tener a la vista sus ojos verdes.

—Hasta la próxima semana, Chloe.

—Adiós, Hunter —vuelve a sonreír.

Con pasos lentos y cuidadosos se dirige a la puerta. Una vez más me encuentro observando cada uno de sus movimientos, como si se tratara de un psicólogo estudiando a su paciente.

En el mismo momento en que sale, Marie entra. Hunter le agradece el hecho de que le sostenga la puerta. Torpe, Chloe. Tendría que haberlo acompañado.

Mi mejor amiga se acerca con una sonrisa en su rostro. Blaine consiguió ablandar su enojo. Suspiro profundamente y vuelvo

a leer mis apuntes, Marie se sienta y sé que me está observando. Todos sentimos que alguien nos mira, no sé qué clase de brujería es esa.

Y sí, cuando levanto mi vista del cuaderno, Marie me está mirando.

—¿Qué? —le pregunto, y se cruza de brazos.

—¿Es que no me vas a preguntar lo que sucedió?

—Mmm, no, porque ya lo sé —dejo el cuaderno sobre la mesa—. Discutieron. Le dijiste que lo odias, Blaine se rio de eso, entonces solo te enojaste más. Te dijo que eso no es cierto, que no lo odias. Entonces suspiraste, porque es cierto, no lo odias. Lo quieres más de lo que crees. Te dijo que todo va a estar bien, le dijiste que quieres creerle. Y te abrazó, asegurándote que todo va a estar bien. Que quiere lo mejor para ustedes. Y simplemente todo pasó.

Asiento, segura de mi argumento. Así son Marie y Blaine. Cuando vuelvo a poner atención a su rostro, tiene el ceño levemente fruncido.

—Aun así, podrías haberme preguntado.

Me río.

—De acuerdo, ¿qué sucedió?

—Ahora no tiene sentido, maldita bruja.

Me vuelvo a reír.

—Presencí tantas discusiones de ustedes, y casi todas terminan así.

—¿Y eso no debería de hartarme?

—Esa pregunta te la tienes que responder tú misma.

Asiento.

—Sí... —me mira—. ¿Se llevó algo ese chico? —decide cambiar de tema.

—Hunter, se llama Hunter —asiente—. Se llevó *Orgullo y prejuicio*.

—Gran elección.

La miro, y le frunzo el ceño, ¿gran elección? Pese a trabajar en una biblioteca, Marie no es lo que se dice una gran fanática de los libros. Solo está aquí porque la paga es bastante buena, y el lugar es tranquilo.

—Vi la película. No me juzgues —se explica y le sonrío.

Otra vez hay un problema con uno de los ordenadores, así que Marie se va a encargar de arreglarlo. Con su ausencia, me dispongo a leer. Pero mi atención no está concentrada como me gustaría que lo estuviera. Tal vez sea mejor leer en casa.

Cierro el cuaderno, y lo guardo en mi bolso. Observo la pantalla del ordenador, aún continúa en la planilla que llené con los datos de Hunter.

—Hunter... —susurro antes de cerrarla.



CAPÍTULO
3

Hunter

Deslizo mis dedos sobre el braille. Estoy llegando a la mitad de la historia. Amo la literatura inglesa, y esta novela, no es la excepción. Me está encantando.

Creo que podría volver a ella en algún momento. Creo no, lo voy a hacer. Nunca está mal volver a una gran historia.

Cierro el libro y suspiro. Me detengo a pensar en los personajes que dejé allí dentro, pienso en cómo va la historia y en todo lo que estoy sintiendo al respecto.

Pero, por alguna extraña razón, dejo de pensar en Elizabeth Bennet y en el señor Darcy. Y esa extraña razón se debe a la chica de la biblioteca, a Chloe. No sé por qué me encuentro pensando en ella, no es como si fuera algo importante o algo. Pero muchas veces tu mente te trae pensamientos incontrolables. Pensamientos que no sabes por qué llegaron a ti.

Pensar en Chloe me lleva al recuerdo de la chispa que sentí cuando su mano rozó la mía. Fue tan extraño, porque no lo sentí como si alguno de nosotros tuviera demasiada electricidad estática, con carga positiva o negativa. No, lo sentí como algo más.

Escucho cómo la puerta de mi habitación se abre de una forma demasiado bruta. Tan bruta que me obliga a salir de la profundidad de mis pensamientos.

Suspiro negando con la cabeza, solo una persona entraría de tal forma a un lugar. Siempre fue así, siempre será así. Eso no va a cambiar.

—Siempre me olvido de decirle a mi madre que deje de esconder la llave en la maceta.

Se ríe, y luego escucho el sonido de cómo arrastra la silla del escritorio hacia la cama.

Paul es mi mejor amigo. Lo conozco desde que éramos niños, pero la vida nos llevó a fortalecer más nuestra amistad cuando crecimos y conocimos el significado de la misma.

Fue el único que no se alejó de mí luego del accidente. Por más que lo haya querido sacar de mi vida una y otra vez, por el simple hecho de sentirme una carga, Paul siempre estuvo ahí para mí. Y cuando digo siempre, es siempre.

Supongo que el resto de mis amigos se hartaron de que quiera correrlos de mi vida, que terminaron haciéndome caso.

—Llegaron los libros por lo que veo —dice y asiento. Pero no pienso en la llegada de ellos. Pienso en un aroma dulce.

—Al fin una en la ciudad. Paul, puedes servirte algo de beber, si quieres.

—De hecho, ya lo hice —me río. Por supuesto que ya lo hizo—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Jugo de naranja?

Niego con la cabeza.

—¿Cómo va la universidad? —le pregunto. Estudia Medicina. En algún tiempo ambos lo hacíamos, pero claro, ya no pude seguir. Tuve que dejar tantas cosas que amaba.

Mientras que Paul se va a especializar en pediatría, yo me iba a especializar en neonatología, otra rama de la pediatría. Él va a cuidar a los niños de todas las edades. Y yo iba a cuidar a los recién nacidos. *Iba*.

—Nos están matando —suspira—. Me pregunto qué me llevó a estudiar Medicina.

—La inspiración de tu niñera. Y el simple hecho de que te vuelves loco por los niños, y quieres cuidarlos.

—Sí, lo sé. Pero es una patada en los huevos —me río—.
¿Cómo estás tú?

—Bien, supongo. Normal. Solo que algunas cosas se siguen complicando.

—Si necesitas algo, sabes que estoy.

Ya lo dije. Siempre estuvo y está para mí. Me limito a asentir ante sus palabras.

—¿Has hablado con Caroline? —me pregunta y suspiro ante la mención de su nombre.

Caroline era una especie de amiga con derecho. Pero todo había cambiado cuando ambos comenzábamos a sentir algo más que solo una simple diversión. De hecho, habíamos hablado de intentarlo. Y lo estábamos haciendo, estábamos muy bien.

Pero el accidente lo cambió todo. No mis sentimientos hacia ella, pero sí lo que a mí respecta. Caroline siempre estuvo, como Paul, pero yo no podía soportar la oscuridad en la que me encontraba cuando ella estaba cerca de mí.

Comencé a tratarla fatal, y todo por mi maldito enojo. Pero ella siempre estuvo. No la merecía. Y se lo dije, se lo dije tantas, pero tantas veces que conseguí mi objetivo: alejarla.

Me dolió hacerlo porque la amaba, realmente lo hacía. Solo que ella no merecía cargar con un discapacitado. Siempre me dijo que eso no importaba, que me amaba, pero yo solo le decía que se fuera. Debe ser muy horrible que alguien te diga constantemente vete, cuando tú le estás diciendo te amo.

Fue muy difícil nuestra separación. Fue horrible escucharla llorar, y saber que era el causante de su dolor.

Para hacer menos duro todo, Caroline decidió irse a Nueva York a terminar sus estudios. Volvimos a hablarnos hace unos meses, y estamos bien. Recordamos nuestra historia con una sonrisa, y agradezco el hecho de que me haya perdonado.

Es una gran persona y siempre le voy a desear lo mejor. Como sé que ella me lo desea a mí. Tal vez, tenerla como amiga sea menos jodido.

—No. No hablamos hace tres semanas. La última vez que lo hicimos estaba bien, ocupada con los estudios y el trabajo. Y creo que estaba conociendo a alguien.

—¿Cómo te tomas eso?

—Bien. La quiero mucho, Paul. Demasiado. Es muy importante para mí. Es una gran mujer, y se merece ser feliz. Espero que él lo note y no sea un idiota.

—No creo que sea tan idiota como tú —suspiro—. Sí, suspira todo lo que quieras. Pero sabes que tengo razón.

—Repito. Caroline merece ser feliz.

—¿Y qué? ¿A tu lado no iba a serlo? —ladeo con la cabeza—. Deja esa mierda, Hunter —suspira pesadamente—. De todas maneras, tú también mereces ser feliz —me río—. Hablo en serio, muy en serio. Que lledes esta vida no quiere decir que no lo merezcas. Además, no puedes huir del amor, ¿sabes? Él solo aparece, y ya. Te alejaste del amor de Caroline, pero si se presenta en otra persona, no creo que puedas volver a hacerlo. Es como... una necesidad.

—Pero sabes lo que pienso.

—Sí, y es estúpido.

Para mí el amor perdió su sentido. No porque no crea en la fuerza que tiene, porque creo. Pero yo no puedo entregar el amor como corresponde. Como una persona lo merece.

—Eres un gran tipo, Hunter. Solo estás enojado, y ese enojo te vuelve un maldito e insoportable negativo. Ojalá alguien aparezca y te demuestre lo contrario.

—Ya basta, ¿podemos dejar de hablar del amor? Pero antes dime, ¿por qué hablas así del amor? ¿Justamente tú?

—¿Qué tiene de malo?

Me río.

—Nada. Solo que no eres una persona que habla así del amor.

—Es que lo escuché en una película —largo una fuerte carcajada—. No me molestes, ¿sí?

—De acuerdo. Ahora tráeme a Paul, quiero que me cuente sobre sus chicas.

—¡Oye! No me hagas quedar como un mujeriego. Alguien puede escucharte.

Me río.

—No te hago quedar como tal. Pero admite que siempre estás con eso de la aventura de una noche.

—Sí..., pero... hay una chica.

Me sorprendo. Así que me acomodo de mejor manera en la cama. Esto se pone interesante.

—Eso es nuevo.

—Tiene novio.

—Eso jode todo.

—En realidad, no sé si lo es. De vez en cuando está en el edificio con ella. Pero al parecer él es un idiota, y siempre discuten por eso. Creo que quiere que vivan juntos.

—¿Y cómo sabes eso?

—Bueno, es mi vecina y siempre que discuten, lo hacen en voz alta. Me parece que ella no quiere vivir con él por el hecho de que no acepta tener una relación seria.

—Eres una vieja chismosa —se ríe—. En serio, es de mala educación escuchar conversaciones ajenas.

—Cállate. Si hablan en voz alta, es muy difícil no escuchar. Y bueno... Quizás una que otra vez me pegue a la puerta para escuchar.

Me río fuerte, tanto que termino provocando su risa.

—¿Lo ves? Eres toda una vieja chismosa.

—Déjame.

—¿Le has hablado?

—Pues sí. Pero está muy metida con este tipo. Es fácil notar que no tengo chance alguna con ella.

—Paul West rindiéndose con una chica, ¿quién lo diría?

—Cosas que pasan.

Luego de esa conversación, invité a Paul a cenar. Aunque claro, como él dice, no es necesaria tal invitación, ya que, si él quiere quedarse, lo hace. El poder de los mejores amigos.

Pedimos *pizzas* para compartir con mi familia. Paul siempre fue parte de ella, desde niño.

El hecho de haber vivido una horrible infancia, hizo que mi madre lo hiciera sentir siempre parte de nosotros. Más que mejor amigo, es un hermano.

Con Paul nos ubicamos en la sala, mientras que mis padres y Riley cenan en la cocina. Enciende la televisión, y la deja en un canal de música.

—¿No había ninguna película? —le pregunto.

—*Nop.*

Paul usa la *p* en su negación solo cuando está mintiendo.

—No me mientas.

—Canal de música está bien para nosotros.

—Sabes que ya me acostumbré a imaginar los momentos de cada película solo con escuchar las voces de los actores.

—Lo sé. Pero aun así no cambiaré de canal.

Cuando de películas se trata, rara vez alguien las comparte conmigo. Tal vez porque se sienten mal respecto a mí, y eso los incomoda. Pero yo no me siento mal, ni nada.



Lo digo siempre, se los recuerdo. Ya me acostumbré. Por supuesto que costó, fue difícil. Pero es una de las cosas que logré superar con facilidad, y con la cual mejor me adapté.

Luego de la cena, y del postre, Paul se despide, ya que venía de un día bastante movido con la facultad, y el trabajo. Tenerlo como mejor amigo, me ayuda a recordar el chico que dejé atrás.

Les deseo buenas noches a mis padres, se encontraban aún en la cocina, platicando sobre cambiar el color de las paredes de la sala. Riley ya se había ido a dormir.

Me dirijo a mi habitación, y me acuesto. Soy de las personas que no logran conseguir fácil el sueño. De hecho, envidio a quienes apoyan la cabeza sobre la almohada y enseguida se duermen.

Para quienes no pueden como ellos, no tener el sueño fácil se complica. Los pensamientos se hacen más fuertes cuando la hora de dormir se presenta. No importa el tipo que sea ese pensamiento, importa que da vueltas en tu cabeza, llevándote a otro y a otro pensamiento. Hasta que, finalmente, consigues dormir.

Lo más complicado es cuando esos acontecimientos son tristes. Así que otra noche más, me duermo pensando en todas las cosas que me estoy perdiendo al llevar esta nueva vida.



Dos días me llevó para terminar el libro. Solo dos días. Cuando una historia te atrapa, se te hace imposible soltarla. Creo que no hay nada más agradable que tener insomnio por culpa de una buena historia.

Además, debo aclarar, que el hecho de estar tan metido en la historia, me llevó lejos de mi mente y sus complicados pensamientos, para solo pensar en los personajes de *Orgullo y prejuicio*. Los libros no solo esconden una increíble magia, sino que muchas veces nos salvan.



Me estoy preparando para salir a caminar, mi rutina de cada día. Y aprovecho también para devolver el libro.

Mis padres se encuentran cada uno en sus respectivos trabajos, y mi hermano se encuentra en la escuela. Mi compañía de todos los días, cuando ellos no están, es Sarah. Gran mujer de mediana edad que me cuida desde el accidente, y también ayuda a mi madre a mantener el orden de la casa.

Salgo de mi habitación y me guío con el bastón hacia la cocina, ya que la escucho lavando los trastes mientras canta alegremente. Típico de Sarah.

—Cada día me sorprende más tu técnica de canto.

Le digo y se ríe, al escuchar ese sonido sonrío.

—Algún día seré famosa.

—La nueva sensación del momento.

Se vuelve a reír.

—¿Vas a salir?

—Sí. La rutina de siempre.

—¿Quieres que te acompañe? Sabes que no me gusta que andes solo.

—Lo sé, pero no será necesario, he mejorado mucho en mi orientación. De todas maneras, te agradezco.

—Más allá de que hayas mejorado en la orientación, no me gusta. No me deja tranquila.

—Hey, no pienses tanto —me acerco hacia la dirección de donde viene su voz. Sarah me ayuda a llegar a ella, y trato de tranquilizarla con mis manos sobre sus hombros—. Voy a estar bien. Llevo el celular por si acaso, creo que voy a necesitar que me vayas a buscar a la biblioteca, ¿no te molesta?

El inteligente celular que costó comprar. Por más que les haya dicho a mis padres que no era necesario gastar tanto en el mismo, decidieron comprarlo igual.

Querían estar tranquilos, de alguna manera, cuando salía a caminar solo. Basta con que le indique a quién llamar para que lo haga, y cuando alguien me llama, la voz robótica me dice de quién se trata.

Menos cuando Paul o Caroline me llaman, ambos decidieron colocar su propia canción para que yo me dé cuenta de que se trata de ellos.

—Para nada, cariño. Con que trajeron los libros, ¿eh? —sonríó y asiento.

—Sí, tengo que devolver el que me llevé.

—Me gusta saber que pudiste volver a la literatura —vuelvo a sonreír—. Entonces, llámame cuando necesites que te vaya a buscar.

Me despido de Sarah, y salgo. Por suerte, hoy el calor no se siente tanto, de hecho, una agradable brisa acompaña el día, y eso me hace sentir muy bien. Respiro profundo, y con ello percibo los aromas de las flores. Esto me hace sonreír.

Valoro demasiado el sonido y aroma de la naturaleza desde el accidente. Antes lo ignoraba, como todas las personas que son presas de la tecnología.

Con el bastón como guía, comienzo a caminar sin dificultad alguna. Mientras avanzo con mi caminata, varios vecinos me saludan y yo a ellos con una amable sonrisa. Puedo reconocer sus voces al saludar, y nunca me equivoco al saber de quién se trata cuando me saludan.

Muchas veces me acompañan cuando salgo a caminar, y se los agradezco, ya que a veces es bueno compartir una conversación con alguien. Pero creo que disfruto más de mi compañía en estos casos. Siento que me conecto conmigo mismo y me agrada porque no hay ningún dolor que mis ojos oscuros produzcan. Solo soy yo disfrutando de cada paso, percibiendo los olores del verano.

Aunque claro, me gustaría poder apreciar de forma completa todo. Seguramente, hay personas andando en bicicleta, otras caminando, niños jugando y claro, no nos olvidemos de los perros callejeros que te miran con cara de *llévame a casa contigo*.

Me gustaría apreciar la naturaleza desde otro punto. Poder observar el cielo, ver si hay nubes o no. Ver a los pájaros volar, y algún que otro avión.

Pequeños detalles que se valoran cuando no los tienes. Tan típico.

Tanto pensar, me llevó a olvidar mi camino, y si no me equivoco estoy cerca de la biblioteca. Una amable señora me ayuda a cruzar la avenida, y es quien me afirma que estoy cerca. Le agradezco su gesto, y ella me pide que descanse un poco porque me nota muy acalorado. Es lindo saber que aún hay gente buena. Gente que con pequeños detalles hacen del mundo un lugar mejor.

Mi orientación me indica que llegué a mi destino, y recién cuando me detengo me siento acalorado, como aquella señora dijo que me notaba. Saco de mi mochila la botella de agua, y bebo su contenido que por suerte sigue frío.

Mi cuerpo agradece la sensación fresca del agua, solo que ahora me pide a gritos que me siente debajo de una sombra o que simplemente entre a la biblioteca y descanse un poco. *Demonios, echo tanto de menos el invierno*.

—¿Hunter? —me interrumpe una voz, justo cuando me estoy dirigiendo hacia la biblioteca.

—¿Sí?

—Soy Chloe.

—Oh. Hola.

En cuanto sé que se trata de Chloe, el aroma dulce de su perfume, llega a mi nariz.

—¿Paseando? —me pregunta.

—Algo así. Y también vine a devolver el libro.

—¿Ya lo has terminado? —asiento—. Eso es genial. Me hace sentir menos sola en el mundo. No soy la única que se devora un libro en días.

—Por supuesto que no eres la única —digo sonriendo.

Silencio. Y el silencio despierta mi curiosidad de cómo debe lucir Chloe, ¿cómo estaba vestida? ¿De qué color será su cabello? ¿Y sus ojos? ¿Me estará sonriendo? En fin..., infinitas curiosidades.

—Vayamos a la sombra, o terminaremos en muy mal estado los dos.

Agradezco esas palabras. Chloe me guía hacia la sombra, y me ayuda a sentarme en lo que parece ser un banco.

—¿No tendrías que estar adentro? —le pregunto.

—Llegué temprano. De hecho, bastante temprano. Mi despertador me engañó, me hizo creer que me había dormido, cuando no fue así en absoluto.

Me río.

—La tecnología te distrae mucho.

—No, nada de eso. Las horas de estudio, y poco tiempo durmiendo me hacen imaginar cosas.

—Así que estudias...

—Ciencias veterinarias.

—Qué lindo —le sonrío.

—Sí..., es lo que realmente amo —suspira—. Oye, ¿no quieres entrar y darle el libro a mis compañeros?

Niego con la cabeza.

—Le daré el libro a la persona que me lo entregó.

Puedo escuchar una breve risa simpática.

—De acuerdo, ¿y qué me dices?, ¿te gustó?

—Me lo terminé en dos días. Creo que eso responde a tu pregunta.

—El poder de los libros.

—Tú lo has dicho.

Quiero buscar otro tema de conversación, pero el sonido de un celular nos interrumpe y no es el mío, ni de alguna persona que está cerca. Es el celular de Chloe.

—Disculpa —me dice y asiento—. Hey, tú —contesta el celular. Y podría jurar que está sonriendo—. ¿Esta noche? —luego de unos segundos de silencio, larga una fuerte carcajada y no miento al decir que el sonido hizo que mi piel se erizara. Como si hubiera escuchado el sonido más hermoso de todos, *¿qué clase de exageración es esta?*—. No seas ridículo, Ivan. Y creo que eso estará bien, ¿puedes pasar a buscarme por la biblioteca? —se vuelve a reír—. No, mi auto no se rompió. Deja de molestarlo. Mi padre lo necesitaba. Como sea..., te espero, ¿sí? De acuerdo. Te amo.

Oh. Al parecer tiene novio.

—Lo siento —dice y la escucho guardar su celular.

—No. Descuida.

Chloe suspira.

—Es mi hora de entrar y Marie como siempre llegando tarde, ¿qué te parece si entramos?

—Me parece bien. No me vendría mal el aire acondicionado.

Se ríe, y acto seguido me ayuda a ponerme de pie. Ahora el bastón deja de ser mi guía, Chloe tiene el control de mi camino y, a decir verdad, se siente bien.

Pero no sé si me agrada la idea de que se sienta bien. Recién la conozco, y no sé nada de ella. Solo las personas más cercanas

a mí me hacen sentir bien como guía. Chloe es una total desconocida.

Entramos a la biblioteca, y el frío del ambiente alivia mi calor. Chloe habla con sus compañeros, quienes me saludan amablemente. Luego de una corta conversación sobre el trabajo que queda por hacer, sus compañeros se despiden de nosotros.

—¿Quieres agua con hielo? —me pregunta.

—No, gracias —le sonrío y saco de mi mochila el libro—. Bien, señorita. Le dejo su libro.

—Gracias. ¿Vas a llevarte otro?

—Por el momento no.

—Está bien. Si quieres, puedes quedarte un rato. Así descansar del calor. Además, no me vendría mal una compañía mientras mi mejor amiga se tarda la vida en llegar.

Me río y termino mi risa con un suspiro.

Quedarme significa que aquel bienestar que sentí cuando ella fue mi guía, despierte aún más mi curiosidad. Es decir, saber de ella. Saber por qué tuvo el poder que solo las personas más cercanas a mí lo tienen.

Y la curiosidad sobre una chica, hoy en día en mi vida, no es para nada bueno. Mucho menos cuando al parecer ya tiene a alguien.

—Tal vez en otra ocasión, Chloe. Tengo que ir al médico —miento.

—Oh, está bien.

—Al parecer, Marie llega siempre tarde, así que de seguro habrá otra ocasión.

Decido agregar esto para no quedar tan descortés. Chloe se ríe y yo sonrío.

—Más de una.

Le vuelvo a sonreír y saco el inteligente celular del bolsillo de mi pantalón.

—Llamar a Sarah —le indico, y escucho su «llamando a Sarah». Por suerte me entendió, muchas veces su reconocimiento fallaba. Le pido que me venga a buscar, corto mi conversación con una breve risa, ya que nuevamente la escucho cantar. Simplemente adoro el humor de esta mujer—. Bien. Será hasta pronto, Chloe.

—Claro, eres más que bienvenido. Espero que pronto quieras un libro nuevo.

—Y así será —sonríó—. Adiós.

—Adiós, cuídate.

Espero a Sarah en la puerta de la biblioteca. El calor choca contra mi rostro, y solo deseo volver a entrar al frío del aire acondicionado. Debí esperarla allí dentro.

Pero, por suerte, Sarah no tardó demasiado, e insistió en pasar por un helado antes de ir a casa. No hubo motivo para negarme. Además, Sarah siempre tiene algo nuevo para contar, ya sea de su presente o de algún recuerdo de su vida. Hablar con ella jamás es aburrido, y cabe destacar que es una de las personas que me hace olvidar lo malo de vivir así, a oscuras.

Chloe

Este día en la biblioteca se está haciendo realmente eterno, y amo mi trabajo, realmente. Pero, justamente hoy, me siento en una celda, y solo quiero salir de aquí. Tal vez todo esto se deba al estudio, y al maldito examen que temo reprobar.

Aunque ahora no me encuentro pensando en lo que tengo aprendido, y lo que me falta aprender. No. Ahora mi mente está en Hunter Orwell.

Han pasado varias horas desde que dejó la biblioteca, y aún el libro que devolvió está aquí. Con mis manos acaricio el braille del título, luego lo abro, y hago lo mismo con la hoja principal.

Debe ser muy difícil llevar la vida que lleva, *¿la lleva desde nacimiento?, ¿por una enfermedad?, ¿un accidente tal vez?*

Las preguntas que surgen en mi mente, me llevan al momento en que nos encontramos fuera de la biblioteca, y a la manera amable que tuvo al hablarme. Y, sobre todo, recuerdo cómo su rostro se transformó cuando me contó el tiempo que le tomó leer la novela. Me gusta encontrarme con personas que pueden llegar a devorarse un libro en días, con personas que entienden lo que yo siento respecto a la magia que tienen en cada línea escrita.

—Tengo que contarte algo —Marie se sienta a mi lado, luego de haber ayudado a unos estudiantes universitarios en la búsqueda de su material. Cierro el libro y Marie observa la manera en que lo aparto lejos de ambas, pero decide no preguntar nada al respecto, tal vez solo quiere hablar de su tema.

—¿Qué hizo ahora Blaine?

Ladea con la cabeza.

—Bueno..., él no hizo nada.

—Entonces, ¿qué has hecho tú?

—Nada.

Frunzo el ceño, y me cruzo de piernas.

—No estoy entendiendo.

Suspira y se acomoda en su asiento, como si estuviera a punto de decirme el secreto de la vida humana.

—Hay un chico en el edificio que me intimida bastante.

Marie nunca se dejó intimidar por un chico, ni siquiera por Blaine, así que esto es nuevo.

—El primero que lo hace —asiente ante lo que digo—. ¿Qué es lo que hace para intimidarte?

—Solo me mira, Chloe. De una forma extraña, sin llegar hasta el punto de darme miedo o algo por el estilo —se encoge de hombros—. Como si estuviera pensando millones de cosas que no puede hacer.

—¿Y eso no te asusta?

Niega con la cabeza.

—Para nada.

—¿Y si es un asesino o algo parecido?

Se ríe.

—No lo creo. Y en tal caso, si lo fuera, supongo que me asesinaría con su mirada, con su sonrisa y ¡demonios! con su voz —hace un gesto actuado con las manos y me río—. No, en serio.

Marie se termina el agua, y se lleva a la boca uno de los pequeños cubos de hielo que habían quedado en su vaso.

—Ahora entiendo por qué Blaine quiere sacarte de allí.

—Pss...

La miro y utiliza esa sonrisa de yo no fui.

—No lo sabe.

—Por supuesto que no. Aunque Paul sí sabe de Blaine —me mira—. Así se llama. Y justamente me mira como si quisiera coquetear conmigo, y no pudiera por saber de Blaine. No es por creerme la gran cosa ni nada, pero te juro, Chloe, que así me mira.

—Te creo, causas ese poder en los hombres.

—Oh, cállate.

—Entonces, ¿te gusta Paul?

Se detiene a pensar en la respuesta. Frunce el ceño, ladea con su cabeza y, finalmente, suspira.

—No lo sé. Es decir..., quizás todo esto solo se deba a que es el primer chico en intimidarme. Además, no dudo de lo que siento por Blaine. Lo quiero, pese a que sea un idiota, lo quiero.

—Tranquila, quizás todo esto se deba a lo que dijiste. Paul es el primero en intimidarte, y eso es nuevo para ti. Eres virgen en el efecto de miradas intimidantes.

Se ríe.

—Tengo que conocerlo —digo.

—Es mi vecino, no se te hará difícil cruzarlo.

—¡Tu vecino! —tengo que bajar mi tono de voz al recordar el lugar en donde me encuentro—. Pues veo que sí se ha vuelto difícil cruzarlo.

—Es tu culpa por no pasar a visitarme seguido.

—Oh, no hagas eso —se ríe—. No me hagas sentir culpable, porque cuando quiero visitarte, estás... ocupada. Y ambas sabemos en qué.

—Tendríamos que dejar estas conversaciones para fuera del trabajo —suspira ante algún recuerdo y sonrío—. Podríamos volver a la noche de chicas, ¿las recuerdas?

—Por supuesto. Hablando de nuestros temas con la luz de tu habitación apagada.

—O mientras devoramos un chocolate y bebemos té —ambas sonreímos. Y ahora que lo recordamos, sé cuánto echo de menos esas charlas. Últimamente, al vernos más tiempo en el trabajo, hablamos de nuestras cosas en las horas de nuestro turno.

—Por favor, que se repitan.

—¡Por supuesto! —contesta sonriendo, y luego sus ojos están en el libro en braille. Me mira, y vuelve a poner la vista en el libro. Entonces sé que vienen las preguntas—. ¿Vino otro cliente o...?

—No, el libro es de Hunter.

Asiente: «Vaya, lo devoró bastante rápido».

—La magia de los libros.

—Lo que siempre dices —suspiro—. ¿Estás bien?

—Sí, solo pienso en el examen.

—¿Segura?

Ladeo con la cabeza y vuelvo a suspirar: «Vale, puede que también esté pensando un poco en Hunter».

—¿En Hunter?

—Sí, es que... debe ser muy difícil llevar su vida, es tan joven.

Vuelvo a acariciar el libro, Marie asiente y decide cambiar de tema al no saber qué decir al respecto.



Nuestro turno en la biblioteca ya se estaba terminando, no había ningún cliente, así que con Marie nos dispusimos a acomodar los libros usados por los estudiantes, y a limpiar el lugar.

Era la hora preferida de mi amiga, ya que podía subirle el volumen a la radio sin recibir una queja al respecto. Y no hay nada mejor que limpiar con música, todo se vuelve más divertido cuando la escoba es el micrófono.

Aunque, a decir verdad, también es mi hora preferida. Así que me sumo al canto, y a los bailes ridículos.

Para cuando terminamos de hacer nuestro trabajo, Marie apaga la radio, y con ello se va nuestro papel de cantantes del momento. Volvemos a ser dos simples bibliotecarias.

La puerta de la biblioteca se abre, y entra Iván. Como siempre, luciendo tan hermoso y elegante con su pantalón de vestir negro, la camisa blanca metida dentro del mismo, y su cabello castaño claro perfectamente peinado. Perfecto, como si no hubiera tenido un largo y agotador día.

Cuando me observa, me sonrío como un galán de telenovela. Me encuentro suspirando, y aún preguntándome qué hace conmigo.

Me acerco a él, y para saludarlo, tengo que levantar la cabeza. Por supuesto que para Chloe todo el mundo parece ser enorme. Iván me sonrío y me rodea con sus brazos.

—Eres tan adorable —se ríe y se aleja de mí para darme un corto beso en los labios—. ¿Lista para irnos?

—¿Y a dónde iremos?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—Bueno, eso es muy obvio —se ríe—. Pero, en serio, quiero saber. Quiero ver si estoy vestida para la ocasión, o si tengo que pasar por mi casa antes.

Bajo la mirada para estudiar mi vestimenta. Hoy llevo una falda por encima de las rodillas de color blanca, acompañada por una camisa verde agua y unas sandalias.

—Chloe, estás perfecta así —suspiro. Claro, él nunca me dirá lo contrario—. Además, sabes que no necesitas aparentar algo que no eres cuando estás conmigo.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. Me gusta esta Chloe. Sencilla, pero hermosa —sonríe, y solo me queda asentir ante la derrota.

Marie vuelve del baño y saluda sonriente a Ivan. Pero su sonrisa se borra cuando Blaine entra, sonriendo como todo niño bueno. Con Iván nos reímos de tal situación.

—Te dije que hoy no vengas a buscarme —Marie se cruza de brazos—. No iré a esa estúpida reunión que haces con tus amigos.

Como todos los jueves, Blaine se reúne con sus amigos para jugar a la PlayStation, beber alcohol, escuchar música y ya.

—Ven, por favor. Vendrán las chicas de mis amigos, y tú eres mi chica.

—Oh, no, ni te atrevas a llamarme *tu* chica —con Ivan suspiramos. Detrás de cada pelea se dicen lo mucho que se aman. Así son Blaine y Marie. Y, por suerte, ninguna de esas peleas hizo llorar a mi amiga—. No eres mi novio para llamarme de tal manera —por supuesto que iba a usar esta discusión para entrar en ese territorio—. Porque el hecho de que me folles no me hace ser tu chica.

Ivan ensancha los ojos, pero a mí no me sorprenden las palabras de Marie. La conozco, y así es ella; sincera. Dice las cosas sin miedo. Eso puede ser bueno o malo, dependiendo del contexto en que se encuentre. En este caso, supongo que malo, ya que a Blaine no le hizo gracia alguna.

—A nuestra manera lo eres.

Marie quiere decir algo, pero ya no soy capaz de escucharlos pelear. Además, soy la encargada de cerrar la biblioteca, a Marie siempre se le extraviaba la llave. Y tengo que cenar con Ivan, así que me pongo en el medio de ambos.

—¿Pueden dejar de pelear por hoy? Ambos se gustan y se quieren, ya no peleen —suspiro y miro a Blaine—. Es tu culpa. Desde que se te metió esa loca idea de vivir juntos sin llevar una relación seria están así —Blaine suspira y asiente. Ahora observo a Marie—. Y tú, ve a esa estúpida reunión. Él quiere que estés ahí, y no veo lo malo en eso. Seas o no seas su chica, según tu criterio, ve y ríete al ver cómo se ponen tontos los hombres por un videojuego.

—¡Hey! —dicen Iván y Blaine a la vez.

Marie ladea con la cabeza y, finalmente, asiente tras un largo suspiro. No accede a ir por mis palabras, por supuesto que no, yo solo quise que dejaran de pelear. Está aceptando ir por Blaine, por lo que siente por él, lo puedo notar en su mirada. Es fácil reconocer la mirada del amor.

—Bien, iré.

Blaine sonrío feliz. Ahora sí, estando todos más calmados, nos despedimos y cada uno se dirige a su destino.

Ivan emprende viaje hacia donde sea que me esté llevando, y durante, le envío un mensaje a mi padre para avisarle de que no me espere para cenar.

A decir verdad, siempre que surgen estas cenas con Iván, me entristece dejarlo solo. Más allá de que me diga que todo está bien, siento que no es del todo así. Mi padre no ha podido establecer una nueva relación desde la muerte de mamá. Lo intentó, y siempre se alejó o se alejaron de él. Por eso dejó de intentarlo. Realmente, me gustaría verlo enamorado.

Dejo de divagar en mis pensamientos, y pongo atención a lo que Ivan me está contando. Me habló de su día laboral. Me contó sobre los nuevos negocios de la empresa con esa mirada de emoción que todos tenemos a la hora de hablar acerca de algo que nos gusta.

Realmente, esto es lo suyo: oficina, cerrar negocios, administrar. Entre otras actividades que surgen en el ámbito de la empresa.

Justamente por eso dejé de trabajar allí. Llegaba hasta el punto de enfermarme por el hecho de estar ocho horas diarias encerrada, con teléfonos sonando constantemente, personas discutiendo por negocios, otras frustradas porque algo les salió mal, y con ello, un posible despido.

No. Definitivamente, ese no era mi lugar. Soy una persona que prefiere el aire libre, la naturaleza. Salvar la vida de un animal, preferir estar en contacto con cualquier perro callejero antes que con una persona. Y claro, el encierro de la biblioteca no me molesta en absoluto; hay tranquilidad, y estoy rodeada de libros. Mi escape favorito.

Por eso, Iván y yo somos absolutamente diferentes, pero sabemos entendernos y eso nos complementa.

Ivan aparca el auto, y por fin su misterio se resuelve. Estamos en Napoli's, mi restaurante favorito en Pottsboro. Ante mi enorme sonrisa, Ivan sonrío también.

—Sé lo mucho que te gusta este lugar —dice—. Quise cambiar un poco, por eso la sorpresa. Siempre aceptas mis elecciones, y es muy malo de mi parte no llevarte a un sitio que realmente te guste.

Le doy un corto beso en los labios y sonrío.

—Es un lindo detalle. Gracias.

El restaurante está medianamente lleno. Parejas como nosotros, familias, e incluso personas solitarias están en el lugar. Nos ubicamos en una de las mesas del medio y hojeamos la carta. Ambos nos decidimos por pastas. Confieso que viviría con esta elección toda mi vida. Jamás me podría cansar de mi plato favorito. Y la parte más divertida, es colocar una gran cantidad de queso. Mi padre siempre que comemos pastas me dice «le pones pastas al queso».

—¿Cómo van los estudios? —me pregunta Ivan.

Ladeo con la cabeza y, finalmente, suspiro. No sé si quiera hablar de esto. Me produce jaqueca y los nervios comienzan a hacerse notorios. Y los nervios no son buenos. Mucho menos para mí que estoy medicada en cuanto a ello.

Todo empezó cuando arranqué la universidad. Cuando di mi primer examen, me puse tan, pero tan nerviosa, que mi piel se brotó y picaba demasiado. Desde ese entonces, cada vez que tengo que dar un examen, tomo la medicación para evitar esta situación.

—Mi cabeza va a estallar. Pero creo que puedo manejarlo.

—Seguro que sí. Eres muy inteligente, cariño.

—O tal vez solo buena memoria.

—Nada de eso. Tienes conocimientos a la hora de hablar sobre lo que estás estudiando.

—Espero que para el examen el profesor crea lo mismo.

Llegan nuestros platos, así que los degustamos mientras continuamos platicando. Me acabo de enterar de que este fin de semana llegará su hermana de Francia, y quiere conocerme. Cuando nuestra relación se fortaleció, supe que Nathalie vivía en el extranjero, donde estaba terminando sus estudios como diseñadora.

La familia de Iván me había recibido muy bien, y siempre que voy a visitarlos son muy amables conmigo. Pero me llena de nervios conocer a Nathalie, ¿y si es una hermana celosa? ¿Y si no me quiere? ¿Qué tal si me hace la vida imposible para separarme de su hermano?

Creo que estoy dejando volar demasiado mi imaginación.

—¿Estás nerviosa por conocerla? —pregunta con cierta diversión y asiento—. Tranquila, Chloe. Nathalie te tratará igual de bien que mis padres. Y hasta creo que mejor.

—Eso lo sabré cuando la conozca.

—Lleva tu medicación por si acaso.

—Espero que no sea necesario.

Terminamos nuestra cena, y me encontraba muy satisfecha como para pedir algún postre, sin embargo, Iván pidió helado.

Y, una vez que por fin nos pusimos al día, nos dirigimos en dirección a mi hogar.

Nuestras vidas son muy ocupadas, más aún la de Iván que vive en el mundo del negocio. Es por eso por lo que solo podemos vernos los fines de semana, y tal vez uno o dos días a la semana, como hoy.

Al principio costó demasiado, era muy complicado adaptarnos, pero lo terminamos haciendo de algún modo. Además, no está mal extrañarse.

Necesitábamos de nuestro espacio para no ahogarnos demasiado, de nuestro tiempo personal, para luego compartirlo todo con el otro. Aprovechando al máximo el día que pasamos juntos. Puede sonar bastante raro, pero la verdad es que funcionamos mejor así. De hecho, dejamos de discutir por cualquier cosa. Eso es sano. Y las llamadas nocturnas, o los mensajes durante el día llenan al menos un poco ese vacío.

—Fue una noche agradable —le admito cuando aparca en mi hogar.

—Todas las noches contigo lo son —sonríó y me acerco para besarlo.

—Te amo.

—Sabes que yo más, ¿nos vemos el fin de semana?

—Por supuesto.

Lo beso. Tal acción se vuelve intensa y llena de pasión. Digna de una buena despedida. Al separarnos, nos regalamos una agradable sonrisa y tras un abrazo, nos despedimos con un hasta el fin de semana.

Cuando entro a mi hogar, me encuentro con mi padre en la sala, mirando una película de Chaplin. Lo adora, y logró que yo lo adore también.

Podría quedarme junto con él, pero a decir verdad, estoy cansada, y me terminaría durmiendo en el sofá. Y ya no soy una niña como para que mágicamente aparezca en mi cama al amanecer.

En cuanto me ve, sonrío y me acerco para saludarlo.

—¿Cómo estuvo la cena?

—Estuvo bien. Por cierto, Ivan te deja saludos.

Mi padre e Iván se llevan bien. Ambos tienen un buen trato, pero no como el que alguna vez imaginé que sería entre mi padre y mi pareja. Pero no puedo quejarme, mi padre siempre lo recibe de buena manera, e Iván lo trata con respeto.

Dejo a mi padre riendo en la sala, y subo a mi habitación. Planeo ducharme antes de dormir, pero cometo el error de recostarme en la cama. Mi cuerpo estaba pesado y pedía un descanso. Y ahora a su peso se le suman mis párpados que ya no aguantan otro segundo más abiertos.

Intento levantarme, pero realmente no puedo. Solo llego a quitarme el calzado. No veo la hora de dar los exámenes y recuperar las horas de sueño. Pero ahora, solo pienso entregarme al abrazo que me da la cama para dormir.



Me despierto en mitad de la noche, con la respiración un tanto acelerada, como si hubiera tenido la peor pesadilla de mi vida. Pero, al contrario, lo que tuve no fue una pesadilla.

Soñé con un joven de ojos verdes, ondas castañas y hoyuelos en una sonrisa perfecta.

La imagen completa de su rostro se veía borrosa, solo veía con total exactitud las partes ya dichas. Entonces, es muy difícil así que sepa de quién se trataba. No puedo saber quién fue el culpable de mi estado de ahora. Aunque en realidad, mi mente tampoco está del todo despierta como para ponerse a descifrar el sueño.

Dejo de pensar en ello, y decido ducharme como lo tenía planeado antes de rendirme ante la pesadez del sueño.